

LA DESACELERACIÓN DE LA ECONOMÍA
MEXICANA: CAUSAS Y PERSPECTIVAS

**Las dificultades de la actual estrategia
del desarrollo**

Arturo Guillén Romo*

Con la administración de Carlos Salinas de Gortari se consolidó el proceso de reforma económica que en opinión de sus promotores, permitiría alcanzar de manera duradera la estabilidad económica y crearía las condiciones para la recuperación gradual y sostenida de la economía. Según el Plan Nacional de Desarrollo, hacia finales del sexenio la economía estaría creciendo a una tasa cercana al 6 por ciento.

Con la aplicación de un programa de estabilización que prolongó los costos sociales de la crisis y del ajuste subsecuente de los años ochenta, se logró abatir la inflación del 159% prevaleciente en 1987 al 9.7% en julio del presente año. Gracias principalmente al control del tipo de cambio y a la contención de los salarios reales, se eliminaron los factores inerciales de la inflación.

Los proclamados éxitos de la política económica en materia de inflación y de eliminación del déficit presupuestal, no han tenido su réplica correspondiente en materia de crecimiento económico. Después de que el crecimiento del PIB llegó a un máximo del 4.4% en 1990, comenzó gradualmente a descender: 3.6% en 1991 y 2.6% en 1992.

* Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

La desaceleración de la economía cobró fuerza a mediados de 1992. En este hecho influyeron diversos factores, tanto internacionales como nacionales. La persistencia de la recesión en Estados Unidos y su generalización a Europa Occidental y Japón incidieron en la disminución de la demanda de las exportaciones mexicanas y en un acentuado deterioro de los términos de intercambio de los productos primarios, incluido el petróleo.

En opinión del autor de esta nota, la recesión internacional no es la causa principal que explica la desaceleración económica interna. Más importante fue el rápido crecimiento del déficit de la balanza comercial y en cuenta corriente, que provocó la aplicación de una política monetaria más restrictiva. La explosión del déficit fue el resultado de la vieja característica estructural del sistema productivo de incrementar las importaciones a un ritmo superior al del producto nacional, pero agravado ahora por las nuevas condiciones de apertura comercial y el ingreso sin precedentes de capitales provenientes del exterior.

Una vez que con la renegociación de la deuda externa se superó la situación anómala mediante la cual se generaba superávit comercial para cubrir el servicio de la deuda exterior, a partir de 1989 el déficit comienza a crecer en forma exponencial. Entre 1989 y 1992, el déficit se multiplicó por 10, al aumentar de 2 506 millones de dólares a 20 676 millones. Lo nuevo fue que este incremento sin precedentes del déficit, se presentó ante tasas de crecimiento del PIB de la mitad de las alcanzadas en décadas previas.

El deterioro del sector externo, aunado a la acelerada pérdida del margen de subvaluación del peso y a la incertidumbre sobre las negociaciones del Tratado de Libre Comercio, provocaron la aplicación de una política monetaria restrictiva basada en altas tasas reales de interés y orientada a mantener los flujos de capitales del exterior y a equilibrar, por esa vía, la balanza de pagos, así como a alcanzar una inflación de un dígito.

La aplicación de dicha política resultó eficaz para sostener los flujos de capital externos, máxime que coincidió con una baja pronunciada de las tasas de interés en Estados Unidos, donde los rendimientos a corto plazo, en términos reales, llegaron a cero. En la actualidad en el mercado de valores mexicano se encuentran colocados recursos externos por 51 400 millones de dólares, de los cuales 31 100 millones corresponden a instrumentos de renta variable y 20 300 a títulos de renta fija, cifra que resulta casi equiva-

lente al nivel de las reservas internacionales (22 600 millones de dólares). Se estima que en manos de extranjeros se encuentra el 54% de la tenencia total de Cetes, el 34% de la de Ajustabonos y el 13% en el caso de Bondes.

Con la restricción monetaria se pretendía un "aterrizaje suave" de la economía, al estilo del frustrado plan aplicado en Estados Unidos por Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, durante la administración de Bush. A la par que se lograría un crecimiento moderado, superior al incremento de la población, se mantendría a raya a la inflación y se atenuaría el desequilibrio de la balanza comercial. Ello disminuiría las presiones sobre el tipo de cambio y evitaría la necesidad de una devaluación, la cual de darse se produciría en una coyuntura económico-política extraordinariamente difícil, además de que podría dar al traste con la estrategia económica en marcha.

El efecto contraccionista de la restricción monetaria fue superior al esperado. El incremento en las tasas reales de interés elevó a las nubes las tasas activas. Con el fin de recuperar en el menor plazo posible los costos de la privatización, los bancos mantuvieron márgenes de intermediación prohibitivos, además de aplicar políticas crediticias laxas, enfocando el grueso de sus recursos al consumo en vez de la inversión. Las carteras vencidas crecieron como la espuma, al pasar de 3.5% en enero de 1992 a casi el 8% en el presente.

Se generaron así, tendencias deflacionarias en la economía. Se gestó un círculo vicioso en donde la desaceleración productiva agrava los problemas de pagos de las empresas, lo que empeora el asunto de las carteras vencidas de los bancos y orilla a éstos a restringir el crédito. Esto a su vez, intensifica la baja de la actividad económica. Los planes de inversión de las empresas se reducen o posponen, a la vez que se extienden los programas de restructuración de las plantillas de personal, lo que profundiza la contracción por la vía de la demanda. Estos procesos que se desarrollan en espiral, se ven reforzados por una política antinflacionaria que privilegia el control del gasto.

Los peligros de una recesión son mayores. Durante el primer semestre de 1993, el PIB creció solamente 1.3%. El crecimiento durante el segundo trimestre fue aún menor (0.3%). Otros indicadores como la caída de la inversión bruta fija, los crecientes problemas de liquidez de las empresas, la menor recaudación fis-

cal, entre otros, señalan que la economía puede estar entrando en una fase recesiva.

La tasa de crecimiento del PIB conseguida en la primera mitad de este año es la menor desde 1987, cuando se registró una tasa negativa de 0.5%. La industria manufacturera se encuentra prácticamente estancada, ya que se expandió únicamente 0.2%. Actividades como textiles, papel, imprenta y madera, que no se beneficiaron de la recuperación 1989-1991, enfrentan una severa recesión. La industria automotriz, puntal de la expansión anterior, presenta ya resultados negativos, como consecuencia de la contracción del mercado interno (asociada a la restricción crediticia) y de la disminución de las exportaciones. Otras actividades como la construcción y las maquiladoras que habían mostrado dinamismo, han perdido fuerza.

La creciente debilidad de la economía ha provocado inquietud en diversos medios del país, que demandan la aplicación de medidas emergentes enfocadas a lograr la reactivación de la economía.

La posición del gobierno federal es la de considerar que la desaceleración es un fenómeno temporal. Se rechaza la idea de estimular artificialmente a la economía. Se piensa que mediante un relativo relajamiento de la política monetaria se conseguirá la reanudación del crecimiento hacia finales de este año.

En la pasada Convención Bancaria, tanto el Secretario de Hacienda como el titular del Banco de México fueron enfáticos al respecto. El Dr. Aspe afirmó que "bajo cualquier escenario no habrá expansión desordenada del gasto ni se incurrirá en déficit fiscal alguno". En su opinión, con el crecimiento alcanzado en la inversión, la baja en las tasas de interés y la consolidación en el saneamiento de las finanzas públicas, "a fines de este año la economía mexicana estará en recuperación".

Por su parte, Miguel Mancera señaló que la lucha contra la inflación aún no termina. En su opinión, la reactivación de la economía "depende fuertemente de la consolidación de la estabilización", lo cual "propiciará menores tasas de interés reales y acuerdos salariales razonables".

Con independencia del hecho de que la situación actual de incertidumbre complica grandemente la factibilidad de una baja sustantiva en las tasas de interés, habría que señalar las limitaciones de la política monetaria para lograr la reactivación de la economía. Durante la pasada recesión en Estados Unidos, la Reserva

Federal redujo las tasas de interés a corto plazo 18 veces, sin que se notara un impacto favorable en la producción. Debido al problema de la cartera vencida, los bancos se muestran cautelosos en la concesión de nuevos créditos, aunque las tasas de interés bajen.

De allí que resulta necesario recurrir a otro tipo de instrumentos para evitar que la recesión se profundice. La existencia de un superávit fiscal no despreciable, de alrededor de 3 500 millones de dólares, permite contemplar la aplicación de medidas de desgravación tributaria y de gasto público, que tendrían una repercusión favorable en la producción y el empleo, sin poner riesgo el control de la inflación.

No se trataría de volver a esquemas del pasado ni de reeditar políticas de gasto estatal indiscriminado, sino de utilizar recursos ya creados en obras necesarias de infraestructura o en reducciones de impuestos. Para evitar efectos negativos en la balanza comercial, sería conveniente seleccionar aquellas actividades que absorben principalmente insumos nacionales. En materia tributaria, sería preferible optar por desgravaciones que impacten el consumo, más que la reducción de impuestos a las empresas, que en vez de alentar la inversión por la existencia de un marco de incertidumbre, podrían ser fuente de especulación financiera.

Es claro que las opciones a los problemas actuales no son sencillas, pero hay que ensayar nuevas políticas que se adapten a las nuevas condiciones de la economía nacional e internacional. No hay cosa más perniciosa en las etapas de crisis que la inacción o la reiteración rutinaria de políticas anteriores, por más efectivas que hayan sido.